

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I	TEGUOIGALPA: 1.º DE ABRIL DE 1902	NUM. 17
-------	-----------------------------------	---------

La Sombra

FUÉ en el plenilunio de septiembre.— Yo iba á la solitaria necrópolis—á cortar fúnebres rosas—de las que crecen al borde de las tumbas—y cuyos cálices frágiles me hacen pensar—en las bocas pálidas de las vírgenes—tristemente muertas.—Flores cuyo perfume recuerda—el olor de los cirios—y cuyos pétalos tienen la blancura de los sudarios—impecables velos—con que la muerte se desposa con los hombres.

Caminaba por una senda descubierta—cuando noté que una sombra—que no era la mía—iba á mi lado.—Será la sombra de alguno de mis amigos difuntos—pensé.—Y continué mi camino.—Pero luego me quedé inmóvil—y la sombra siguió avanzando—á flor de tierra—hasta que, al llegar á la puerta del cementerio—se detuvo á su vez—como esperándome.

Al entrar—ella caminó delante de mí—y de nuevo llegué á convencerme—de que no era mi propia sombra.—Caminó y la seguí—por las calles de cipreses—y después por entre los mausoleos marmóreos. —

Detúvose sobre una lápida humilde—que se obscureció;—y que luego volvió á brillar pálidamente—á la luz de la luna.

La sombra extraña extinguióse de improviso—después de confundirse con la mía—como en una larga carnicia...—Y entonces pude leer sobre el sepulcro á donde me condujo—el nombre de una triste criatura que yo había olvidado—y que me amó ardientemente—hasta la última noche que vivió en la tierra...

FROILAN TURCIOS

Órtese

Tú no debes reir; deja que ría
Quien no tiene cual nimbo en la cabeza
La aureola de paz y de tristeza
Que me atrajo con honda simpatía.

Tú no debes reir, amada mía;
Te lo impuso al nacer naturaleza
Cuando te dió la mística belleza
De un cielo gris al declinar el día.

A tí me lleva el inefable encanto
De algo solemne, misterioso y santo;
Que en tus ojos, rasgados y profundos,

Con destellos de luz están escritos
Esos misterios tristes é infinitos
De noches claras y lejanos mundos.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Los pescadores de sirenas

PÉSCAME una ¡oh egipán pescador! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes á orientales abanicos de pedrería; péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias claras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda, cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises; cuyos senos marmóreos culminen, florecidos de rosas, y cuyos brazos, como los albos y divinos pithones, me aten para llevarme á su abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perla, de coral y de concha de nácar.

Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos,

Tenge ó Amatunte, son ciertamente malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso. Este saca la red y no parece muy satisfecho de su pesca. De la red, de los cabellos de la sirena, chorrea el agua formando en el mar círculos concéntricos. Sobre las testas bicornes y peludas, se extiende el beso del día, un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes, tierra y olas, la antorcha del Sol.

RUBÉN DARÍO

~~~~~  
Ella

Semejas esculpida en el más fino hielo de cumbre sonrojado al beso del Sol, y tienes ánimo travieso, y eres embriagadora como el vino!

Y mientes: no imitaste al peregrino que cruza un monte de penoso acceso, y párase á escuchar con embeleso un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso, correspondiste con la trampa al trino por ver mi pluma y torturarme preso!

No así el viandante que se vuelve á un pino y párase á escuchar con embeleso un pájaro que canta en el camino.

SALVADOR DÍAZ MIRON

~~~~~  
Fábula sentimental

(Concluye)

VI

El letargo fué grande. Cuando abrió los ojos en la niebla flotante del entorpecimiento, vió la venerable cabeza de su padre inclinada sobre ella, con una muda actitud de dolor y miedo.

—¿Dónde está César?—preguntó con una voz que expiraba en su garganta.

—Allí; con Vinca.

Entornó los ojos, como para debilitar la intensidad del dolor; creyó oír como un rumor leve de risa sofocada.

Vinca y César llenaban toda la casa con sus amores y su juventud; los secretos de sus amores se ocultaban en las sombras de los tapices rojos, donde en la rosácea luminosidad de la seda un hermoso pueblo de ninfas desnudas y cazadores

floreció en otro tiempo. César en los brazos de aquel placer se abandonaba con todo el ímpetu de una naturaleza contenida hasta entonces; veía á su amada alzarse delante de él bella y perversa como una hechicera, enseñando en su risa las enrojadas encías; la veía surgir entre los tallados candelabros de nogal, los escaños timbrados, los empañados espejos, bajo los baldaquinos cargados de oro, bajo los pesados cortinones, en medio de toda aquella tristeza, en todas partes, erguida, provocadora, desdenosa.

Galatea sentía aquel nuevo anhelo; lo había adivinado con aquel maravilloso instinto que le daba la enfermedad.

—¡Hacedme morir! ¡Hacedme morir!—repetía entre sollozos, tendida como un trapo delante del retrato de su madre, mirando con los ojos extraviados moverse el velo, allá lejos, en el apartado cuarto. —¡Hacedme morir!

Vinca partió al fin; su marido la llamaba. Fué una marcha improvisada. Era una mañana gris y fría de octubre.

—Adiós, Galatea; adiós, conde. Adiós, César.

No estaba triste; sí sólo un poco pálida á través del negro velo. Besó repetidas veces á Galatea y tendió su mano á César, que estaba de pies sin decir nada.

—Hasta la primavera—dijo asomando la cabeza por la portezuela y agitando los dedos.

El trote de los caballos se perdió entre los árboles, que se inclina ban bajo el peso húmedo de la niebla.

Galatea sintió entonces que un dulce despertar le invadía poco á poco el alma. Sintió los antiguos silencios renacer lentos y solemnes para reinan en la casa; algo como un despertar infinitamente plácido, en el que se extinguiese y sumergiera su alma. Eran los límpidos y tibios días del verano de San Martín; una gasa de sopor helaba sobre la campiña alegre los últimos abrazos del sol.

Ahora amaba al sol; ahora quería que sus benignos rayos la envolviesen completamente como en una fluida veste de oro; y de frente á sus rayos, cerrando los párpados, experimentaba una agradable sensación de placer con el goce de aquella delicia.

—¡Qué gentil es!—decía para sí misma. César, á su lado, la contemplaba con una sonrisa llena de melancolía.

—César....—dijo ella por fin un día, con impetuosidad, tendiéndole los desencarnados brazos.

Pero calló después, permaneciendo en un mudo abatimiento, del que en vano trataba de salir. El pecho alentaba como un fuego bajo los pliegues del vestido.

Fué al órgano que dormía hacía tiempo en un rincón de la biblioteca. César movía los polvorientos fuelles; éstos jadeaban con una respiración llena, de gigantes, en medio del silencio, suscitando las almas del sonido en la tubería metálica. Galatea recordaba sobre el teclado confusamente una composición de Bach.

En la biblioteca, por las abiertas ventanas, penetraban encendidas franjas de luz. Las hileras de libros en aquella insólita irrupción revivían, cayendo también sobre las débiles notas de los versos carcomidos. Era una gama de colores; los *Anales* de Baronio y de Reynaldo en los verdosos pergaminos tomaban indistintos reflejos de bronce antiguo. Las *Actas sanctorum* amarilleaban y blanquecían con un tinte de túnica dominica, ocupando casi por completo un elevado estante; y en aquella viviscura, Strykius ofrecía una mancha blavísima de azul, y Fréret vibraba atrevida como una bandera roja. Después venían los tonos pálidos y variados de la tapicería usada, los envejecidos del cuero, salpicados de un rojizo almagre, de un violeta lívido y anaranjado con tinte azul. El sol avivaba aquellos tonos, arrojando nueva luz sobre el oro muerto, infundiendo un aliento de juventud á aquellos papeles que el polvo y la humedad de tantos lustros había almacenado.

De la tubería del órgano los acordes de Bach se esparramaban tímidamente en el espacio; bajo los suaves dedos de Galatea, el teclado apenas cedía. La joven sentía un sonoro temblor correrle por los nervios, con una sensación casi de dolor: le faltaba el aliento.

—César—murmuró con un hilo de voz, abandonada sobre el respaldo de la silla, vencida por el mismo sopor mortal de la vez anterior.

Y tendió los brazos, exhalando al fin su alma delicada y blanda en un suspiro.

GABRIEL D'ANNUNZIO

El Umado Heruo

Hermano, no estás solo. Sobre el desierto mudo
Tiene un igual tu espíritu misterioso y sañudo:
Hay, también, un enfermo que, como tú, en su
(anhelo,

Adivinó vacía la inmensidad del cielo;
Hay, también, bajo el manto de la eterna te-
(chumbre,
Quien, como tú, se muera de inmensa pesa-
(dumbre!

*

En no sé qué desierto y en qué ideal caravana
Mi alma encontró la tuya y la llamó su her-
(mana.

En mi yermo asolado como en tu árido yermo,
La simiente da un fruto corrompido y enfermo.
Tus amargas tristezas amargaron las mías,
Y así, como las tuyas, son mis melancolías.

*

Yo también he adorado los desiertos escombros
Y la cruz que llevaba Cristo sobre sus hombros.
Y han pasado tus quejas de doliente eremita
Por el fondo de mi alma desolada y maldita,
Como las voces graves de los calvos profetas,
Como tonos extraños de imposibles trompetas
Que sonaran tocando una amarga armonía
En los antros de luto de una noche sombría.

*

Hermano, soy tu hermano. En mi espíritu rudo
Sólo vibra tu acento penetrante y agudo.
Amo sólo tus versos; amo sólo tus cantos,
Que ocultan en su seno, bajo místicos mantos,
La simiente corrupta de tu falsa doctrina
Y los fangos de tu alma sensual y libertina.

*

Hermano, no estás solo. Sobre el desierto mudo
Tiene un igual tu espíritu misterioso y sañudo:
Hay, también, un enfermo que, como tú, en su
(anhelo,

Adivinó vacía la inmensidad del cielo;
Hay, también, bajo el manto de la eterna te-
(chumbre,
Quien, como tú, se muera de inmensa pesadum-
(bre.

AUGUSTO C. COELLO

1902

El zapato blanco

....REGISTRANDO, sin saber por qué, en el fondo de una gaveta he encontrado, entre otros objetos ajados y marchitos, un diminuto zapato de satén blanco. Un

zapato—dije—como esos que las mujeres acostumbraban llevar á los bailes, arquicado, monísimo, adorable. Se le supon-
dría un escarpín de marquesa ó el calza-
do hechicero que perdió una noche entre
dos minués la bella Cenicienta. La blan-
ca seda había tomado en el cofre los tonos
del ámbar, á igual de esas antiguas telas
que pertenecieron á nuestros abuelos y
que exhumamos de vez en cuando de los
profundos baúles.

*

Es una historia feliz la de este zapatito
blanco! Los detalles acuden á mi memo-
ria uno á uno, con su encanto nostálgico.
Lo que voy á referiros aconteció en una
noche de invierno; debíamos asistir á un
baile en casa de la condesa Micheline.

Nos habíamos entretenido hasta el úl-
timo momento saboreando el gozo de es-
tar juntos en una habitación hermética-
mente cerrada, en la que ardían los tizo-
nes, se marchitaban los ramilletes de vio-
letas y las lámparas iluminaban cada
objeto con una vaga claridad amarillen-
ta. Es tan delicioso charlar así en las
horas avanzadas en que París al fin duer-
me, y en las que apenas se oye el monó-
tono rodar de los fiacres!

No pensábamos en la invitación, acep-
tada por mero cumplimiento. Mi adora-
da se había sentado en mis rodillas y apo-
yaba en mi hombro su cabeza despeina-
da. Charlábamos. Charlábamos. Ah!
los bellos proyectos, los deseos, las pro-
mesas que se sucedían interrumpidas por
largas treguas de besos, por risas alegres;
y esas palabras, esas palabras, siempre
las mismas, que se repiten sin motivo
cuando se ama! El reloj daba las horas
y se burlaba. Nosotros no las oíamos,
adormecidos por ese entorpecimiento in-
evitable que nos sujeta en la tibia paz del
hogar cuando son dos, completamente
solos!

Pero á media noche fué necesario deci-
dirnos y pensar en la partida. Un gesto
de fastidio se dibujaba en los labios mur-
muradores de mi amada. Bostezaba des-
esperadamente, y nada es tan contagioso
como un bostezo de mujer bonita, espe-
cialmente cuando no se tiene el menor

deseo de trajearse de etiqueta ni de ir á
fastidiarse durante largas horas en un sa-
lón. Pero qué pretexto encontrar para
decir "no" cuando está hecha la toilette
y habéis jurado á vuestra mejor amiga
que no tendríais la más leve jaqueca en
el momento supremo?..

—Si yo hubiera sabido!.....exclamó
ella, suspirando de pesar.

—No volverán á cogernos más!—dije
yo en voz baja.

Mi adorada se extendió sobre la silla
de extensión, y cariñosamente, recalcan-
do las palabras, me preguntó:

—Dime! Si no llamáramos á Dionisia,
serías tan galante que me calzaras tú
mismo mis zapatos de baile?..

Cogí en mis manos sus pequeños pies.
Ella reía, burlándose á boca llena de mi
torpeza y enviando á rodar hacia el fon-
do de la alcoba, con un movimiento tra-
vieso, el zapato blanco. Este juego duró
largo tiempo, y, por último, cuando el
zapato estuvo calzado, aquello fué otro
asunto. Su pie bailaba la *gavotte* en
aquella prisión, espaciosa en demasía. Y
la querida coqueta se desolaba rehusan-
do salir así. Luego, como para seducir-
nos más aún, el perfume de las violetas
volvíase por momentos más embriaga-
dor, las lámparas, cubiertas por las gran-
des pantallas color de rosa, envolvían el
cuarto en esa media luz misteriosa de las
alcobas, y la tibieza de la atmósfera im-
pregnaba nuestro ser y nos dejaba sin
fuerzas.

Ella me había atraído poco á poco á
su lado, sobre el estrecho mueble...

—No vayamos, ¿quieres? Estamos tan
bien. Suplicaba ella.

Y se bailó sin nosotros aquella noche
en casa de la condesa, quien no nos lo
perdonó jamás.

*

Yo apreté contra mis labios, como una
sagrada reliquia, el querido y diminuto
zapato blanco, reliquia santa donde que-
da algo de una dicha que no existe.

René MAIZEROT.

Baequer

HE asistido á una evocación que se hizo en mi espíritu casi carne y alma, en una antigua posesión jesuítica.

Acabábamos de cruzar la única nave de la iglesia, para ver su atrio. Los viejos ladrillos agrietados se erizaban de musgos, dentro de un parapeto en semi-círculo. A veinte metros, una ranchería ruïnosa, vivienda de antiguos esclavos, envejecía á la sombra de algarrobos seculares. Nos detuvimos al pie del templo.

Los techos de tela remedaban calados góticos de firme y burdo dibujo, en el aire sutilizado de la tarde.

Las ojivas con lánminas de cera, cubiertas del polvo empedernido de los años; las torres unidas por anguloso puente descascarado; los esquilonos sin lengua, rotos y verdeantes, acrecían la soledad desamparada del paisaje. Desde el atrio se veía el valle, cerrado por sierras de violento perfil al oeste, y al este empunachadas de fraguas de oro, con humos, chispas y rayos, que se perdían en las sombras arboladas de las bases.

El espíritu, angustiado por la tristeza llena de pensamientos que exhalaba el templo meditabundo, quería fundirse como una nube en la sublime serenidad del ambiente!

Una acequia de diáfano raudal, con voz acariciadora corría serpenteante, y como voz de la tarde evocaba el ANGELUS de los antiguos indígenas.

Nos deslizamos después al cementerio, que tenía uno de sus lados en la pared del templo.

Dos ángeles de tosca madera presidían la vegetación espontánea del recinto, y varias tumbas como cilindros truncos asomaban á flor de tierra.

El aire parecía inmovilizado en el misterio del silencio, y la paz descendía del color del cielo, resbalando sobre los árboles que asomaban por las tapias.

Las cruces herrumbrosas imploraban con la voz de la piedad á los hombres de fe, y á los poetas con la voz del misterio.

Todas áquellas cosas pensativas hablaban de un secreto no revelado, clamando

por espíritu para vivir y ritmos para volver....! Quiénes eran aquéllos que yacían allá en el polvo, sin un epitafio, sin un recuerdo de sus vidas, viviendo tan en la muerte?

Alcé los ojos al templo y todo se armonizaba en una frase de tristeza misteriosa; las cruces, los ángeles, las piedras, eran versos de leyenda ignorada. Y una imagen de alta frente, hecha para anidar fantasmas brillantes, de ojos meridionales poblados de ensueños, con la boca plegada en un gesto de amargura, y el pelo negro, y el rostro pálido, pasó delante de mí como diciendo:

—Yo tengo la palabra del conjuro.

¡Oh visionario enfermo, desconocido cuando amabas y sufrías, glorioso cuando dormías á la sombra de la cruz, inmenso por los gérmenes del mundo que te llevaste! Por tí las hojas del otoño dicen un diálogo que llora, por tí los claros del bosque forjan fantásticas mujeres en las noches de luna; no hay hiedra que no te nombre, y no hay rama que no te evoque, á tí que supiste alegrarlas como un pájaro. Así dije, y sentí placer al recordar esta estrofa:

¡Quién en fin al otro día,
cuando el sol vuelva á brillar,
de que pasó por el mundo
quién se acordará!

ANGEL ESTRADA (HIJO).

Queellas

Dejan las tempestades como un rastro glorios
Algo de lo sublime que las forma y agita;
En el limbo sangriento de su seno palpita
El esfuerzo de un génesis supremo y portentoso.

El incendio que surge siniestro al par que her-
moso

En las dormidas nubes su espectro resucita,
Y esmaltan las mareas que el huracán irrita
Con su orla de diamantes el piélago espumoso.

Cuando la selva virgen baten los huracanes,
Se doblegan las palmas, y los troncos titanes
Sueltan al golpe rudo sus flores y sus hojas.

Y si el mal nos azota, con impulso violento
Arranca al árbol místico de nuestro pensamiento
Del hastío y la duda las floraciones rojas.

JERÓNIMO J. REINA

Del libro de Vagaro

La pobre alma dijo al cuerpo:

"No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de raso suavemente forrado de armiño; ¡ay! ¡es preciso ahora que completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como un sér puramente abstracto, vo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos fríos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insípido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí, conmigo, querido cuerpo!"

El cuerpo dijo á la pobre alma:

—"Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura. Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido: un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa Mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte."

ENRIQUE HEINE

Homero

El mundo antiguo no conoció, propiamente hablando, más que un poeta unico y le llamó HOMERO. La palabra griega *POIETES* que los latinos, no pudiendo traducir, la convirtieron en *POETA*, se encuentra sencillamente reproducida en la *TROUVERE* (1) provenzal y ha inspirado al alemán del Norte en la Edad Media

(1) Romanesco

la expresión de *FINDER* (2) empleada, entre otros por Gottfried de Stra bourg, cuando denomina al poeta del Iarzial "El trovador de la salvaje historia". Este *POIETES* que, según Platón, hubiera descubierto á los helenos sus dioses, parece haber sido precedido por el Vate (3); tal vez por esto la visión de un pobre iluminado enseñaba á Dante el camino á través del infierno y del cielo. Pero refiriéndonos al único poeta de los griegos, el caso extraordinario parece haber consistido en que fué á la vez Profeta y Vidente. A Homero, como á Tirésias, nos lo representan ciego; los Dioses, queriendo que viese, no la apariencia, sino la esencia del mundo, le cerraron los ojos á fin de que por sus revelaciones pudiese hacer ver á los mortales aquellas cosas que hasta entonces no habían podido contemplar más que rodeados de vanas sombras, sentados de espaldas á la luz interior, en la caravana de que nos habla Platón. Este Poeta vió como Vate, no la realidad, sino la sublime verdad que traspasa los límites de lo real; y el deseo de reproducir esta verdad á los hombres impacientes tan fielmente que les pareciese clara é inteligible, como los detalles palpables de la vida ordinaria, fué precisamente la causa que hizo del Vate un Poeta.

RICARDO WAGNER

El perro

Somos dos en mi cuarto: mi perro y yo. Fuera ruge una horrible tempestad. El perro está sentado delante de mí, y me mira fijamente á los ojos.

Y yo también le miro á los ojos.

Parece que me quiere decir algo; está mudo, sin palabras; él mismo no se entiende, pero le comprendo yo.

Comprendo que en este instante, en él como en mí, vive el mismo sentimiento; y que no hay en eso diferencia alguna entre los dos. Somos idénticos; en cada uno de nosotros oscila la misma llanita temblorosa.

(2) Trovador

(3) *VOYANT*, vidente, vate, adivino.

REVISTA NUEVA

Vendrá la muerte y nos herirá con el viento de sus alas anchas y frías...

¿Quién podrá reconocer en seguida la diferencia de las llamitas que habría en él y en mí?

No; no son un animal y un hombre quienes cruzan las miradas entre sí: son dos pares de ojos idénticos, que se fijan el uno en el otro. Y en cada uno de esos pares de ojos, en el animal como en el hombre, la misma vida se apoya aterrada contra la otra.

IVAN TURGUENEF.

Antifonas

Cual las alas de un cisne nuestras canas han cubierto el sepulcro de las frentes, cual las alas de un cisne nuestras canas.

Ha perdido su manto la azucena como una triste novia, en breves días ha perdido su manto la azucena.

La harina de las hostias profanadas su mística substancia ha recobrado, la harina de las hostias profanadas.

La carne maternal, la carne triste, como una viña temporal se agota, la carne maternal, la carne triste.

La sábana amorosa y la mortaja son análogos lienzos de sepulcro, la sábana amorosa y la mortaja.

Emigre la semilla de la siembra del genésico horror de las matrices, emigre la semilla de la siembra.

Como el pudor de la vejez es pálido, conservemos su frío, porque el frío como el pudor de la vejez es pálido.

Tus brazos apretados á mi cuello son dos gajos de zarza flagelante tus brazos apretados á mi cuello.

Mis besos, con agudas disonancias, en tus nervios hostiles repercuten, mis besos con agudas disonancias.

Corriendo por tu piel, ya diferente como gotas de azogue incoercible corriendo por tu piel, ya diferente.

Unidas nuestras mutuas iniciales en el gran corazón de las encinas, unidas nuestras mutuas iniciales

Permanezcan ocultas á los años, en inviolable cópula juntadas permanezcan ocultas á los años.

En las tibiezas de una noche, suave como los bellos de una tigre negra, en las tibiezas de una noche suave,

Duérmete sobre el mármol de mi pecho como la reina de una historia antigua, duérmete sobre el mármol de mi pecho.

Yo verteré por tí lágrimas blancas como larga caída de azahares yo verteré por tí lágrimas blancas.

Yo pondré una luciérnaga nocturna cual minúscula lámpara en el túmulo yo pondré una luciérnaga nocturna.

En la cúspide enorme de un madero, el Angel Blanco de terribles alas, en la cúspide enorme de un madero,

Para matar mi amor blasfematorio que como un negro Gelboé descuella, para matar mi amor blasfematorio

Mi lengua clavará con una estrella.

LEOPOLDO LUGONES

París

En la hora de mis hondos silencios interiores ha surgido extrañamente en mi fantasía la visión de la estúpida ciudad de amor, de dolor y de blasfemia.

La he visto aparecer en una lontananza de ensueño, seductora é irresistible en su sobrehumana belleza, bajo un fúlgido cielo incendiado de astros. La he visto con sus torres soberbias y sus altas cúpulas recortando el horizonte, y ha llegado hasta mí su voz acariciadora y el acre perfume de sus noches de placer.

Ciudad de luz y de misterio, de poderoso encanto y gracia multiforme! Ideal de los nobles espíritus, de los pensadores y de los poetas! Divina Lorelay de los artistas!

¿Qué alma luminosa no ha soñado con tu vida intensa, creadora del prodigio y la hermosura? Sobre qué cerebro lleno de azules fantasías no ha dejado su huella la constante obsesión de tu recuerdo?

Yo te he simbolizado en una misteriosa mujer de ojos profundos, de belleza suprema y sonrisa diabólica, al mismo tiempo tierna y cruel, ingenua y pérfida, sencilla y múltiple.

En la distancia cantas á la juventud florida tu maravillosa canción de amor y de muerte. Y van á tí, de todos los ámbitos de la tierra, los hombres de almas llameantes, fascinados por tu voz de sirena. Y sólo cuando se hallan moribundos en sus brazos reconocen en tu canción la melodía de Lorelay.

Funesto canto del abismo que ha vibrado tan sùnebremente en el corazón de

algunos privilegiados! Así debió resonar en el alma mártir del cubano

AUGUSTO DE ARMAS

Este nombre evoca en mí una memoria lastimera, como de un amigo inolvidable muerto de dolor en una lejana tierra. En una lejana tierra, en la que él reconocía la patria de sus sueños y en la que sólo halló flores venenosas, amargas mandrágoras, y en una tarde gris, un obscuro sepulcro.

Ningún ingenio americano ha amado á París con pasión tan ciega y fatal como el delicioso poeta de las RIMAS BIZANTINAS.

Allá fué, todavía adolescente, con el corazón lleno de músicas y el cerebro de versos. Allá fué, deslumbrado por un efímero relámpago de gloria. Luchó, sufrió, vivió muchos años en el seno de la traidora amante, siempre pálido de hambre y de miseria. Y vencido fué á morir á la cama de un hospital, con la visión de su esperanza en sus ojos inconsolables.

No cantó en su última hora el poema de la muerte; pero sobre su rostro inmóvil se dibujó una sonrisa de ironía profunda.

FROILÁN TURCIOS

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

EPÍMERAS.—LEJANÍAS.—EXAMEN DE CRÍTICOS.

El exquisito poeta Francisco A. de Icaza, Secretario de la Legación de México en Madrid, nos ha enviado sus libros, de una delicada belleza estética.

El verso de Icaza es profundo y armonioso. Su prosa tiene una admirable gracia sugestiva.

Es él un alto espíritu, poseedor del fuego sagrado. Es, además, un vigoroso artista de la palabra y un crítico sincero y sutil.

Nuestra revista—que ha reproducido algunos de sus trabajos—dará á conocer las páginas más hermosas de los libros que, con dedicatoria que agradecemos, ha tenido la amabilidad de enviarnos.

LOS NUEVOS CAMINOS, por *Alberto Ghiraldo*.—

Hemos recibido la última obra de este brillante literato argentino.

Ghiraldo es un apóstol convencido de las más radicales ideas socialistas. En este libro de combate—revelador de nobles energías—se ve la intensa luz de un cerebro poderoso. En sus páginas vibran las ideas aspiradas, ya cantando el triunfo del derecho y la justicia, ya expresando la cólera de generosas indignaciones.

Obra de luchador y de pensador, tiene que perdurar y dejar honda huella en los espíritus altruistas.

Su autor debe tener una alma fuerte y en las venas un rojo raudal de sangre heroica, hirviendo en los días de acción y de prueba.

AL AGUA FUERTE.—BREVARIUM SENTIMENTAL, por *Arturo Ambrogi*.

Dos pequeños volúmenes de prosa colorida, de un elegante refinamiento. Impresiones líricas, ritmos de amor y melancolía, memorias de antaño ..

Aunque su procedimiento adolece—en ocasiones—de los resabios de su antigua manera, se nota que Ambrogi ha cultivado su estilo y que está para encontrarse si no lo ha encontrado ya—el camino seguro por donde se llega á la cima en donde crecen los laureles sagrados.

Con un temperamento como el suyo, el triunfo—tras de una larga labor y una lucha tenaz—será completo y definitivo.

POESÍAS, por *J. J. Palma*.—

Con afectuosa dedicatoria nos envió el viejo poeta su libro de versos musicales, tristes como una melodía de otoño, ó resonantes como una marcha nupcial...

Palma es muy conocido en Honduras. Aquí paseó sus nostalgias; y su florida poesía emocionó y entusiasmó á la generación pasada. El cantó la belleza de nuestras mujeres y de nuestra tierra, y todavía sus versos se recitan en los hogares ó se conservan en la memoria.

La nueva edición de su libro trae prosas de Rubén Darío, José Martí, Manuel de la Cruz, Antonio Zambrana, Marco Aurelio Soto, Ramón Rosa, Adolfo Zúñiga y Rafael Spínola.

LO NUEVO.—

El escritor chileno Mario Centore ha solicitado nuestra colaboración para la importante revista que con este título dirige en Valparaíso.